

A veces prosa

Patria de la memoria

Adolfo Castañón

El antiguo Palacio de las Comunicaciones, construido por el arquitecto italiano Silvio Contri en la Ciudad de México en 1904, además de ser un espejo ejemplar del estilo híbrido de la época llamada convencionalmente modernista —con su mezcla festiva de líneas góticas, trazos helénicos, ángulos románicos, curvas barrocas y bizantinas, rayanas a veces en lo morisco—, abre sus puertas y ventanales, *comunica*, con inquietante precisión, hacia el mundo del sueño, hacia el otro continente que se abre bajo los párpados (para saludar al paso a Jacobo Siruela). No parece un edificio convencional este enjambre de espacios y geometrías que aloja desde hace treinta años al Museo Nacional de Arte (Munal) y fue antes edificio de telégrafos y hasta sede del Archivo General de la Nación —funciones todas que aún parecen cumplirse en un sentido latente o subliminal entre sus pasillos y corredores que parecen hechos para el juego y la danza, la fiesta, el paseo, el ritual ameno de la convivencia.

Se alza entre sus patios, piedra a piedra, peldaño a peldaño como un espacio de fantasías petrificadas, con sus amplias escaleras que serpentean hacia una poética de las esferas encantadas, que parecen desembocar, como un río de formas arquitectónicas, en el ámbito de la otredad deseante que ellas mismas, en su laberinto, evocan y hasta parecerían proyectar espontáneamente... No sabemos (o preferiríamos no saber) a qué genial eminencia gris se le ocurrió susurrar al oído adecuado y ejecutivo hace treinta años que se alojaran *aquí*, en esta *forma* tan rara, en este espacio tan palacio las nobles colecciones y acervos que conforman ahora el Museo Nacional de Arte. Sólo podemos constatar que la decisión dio en el blanco que está colgando en el muro



Interior del Museo Nacional de Arte

del tiempo. Y es que en la fibra más íntima de los cuadros y obras aquí expuestos —pongamos por ejemplo extremo las obras de José María Velasco, contemporáneas por cierto del edificio— parece estremecerse el mismo aire epocal que recorre el edificio. Epocal: referente a la época, a esa edad del modernismo en la cultura que jugaba a poner entre paréntesis (*epoché*) al mundo para evadirse de él: desde la *epojé*: epocal así en un doble sentido, como en un juego de espejos que parece ser la regla de construcción de este edificio tan incomparable como didáctico. El Palacio habla: hace una vasta crónica impersonal de los tiempos que fueron y que no fueron; cuenta arterciopeladamente el drama o tragedia de una nación vacilante en busca de sus máscaras y de sus rostros; canta con sus piedras el tesoro de la memoria perdida del tesoro...

Al trasponer las grandes puertas férreas de este Palacio, no siempre evoco a los temblorosos personajes de Franz Kafka que merodean alrededor del Castillo; vienen a mí más bien los perfiles de aquellos antiguos y viejos sabios chinos que sabían practicar el arte de hacerse pequeños como una mota de polvo para explorar desde lo ínfimo e

íntimo las entrañas de la roca tapizada de cristales.

No extraña que este antiguo Palacio de las Comunicaciones, que tanto y tan bien lleva su nombre, tienda correspondencias con los poemas de Rubén Darío y los dramas de Gabriele D'Annunzio con las circunvoluciones prosódicas de José Enrique Rodó y de Leopoldo Lugones, haga guiños al bestiario musical, a veces trágico, a veces cómico, a veces mustio de los compositores de fin del siglo XIX y albores del XX como Richard Wagner, Hector Berlioz, Giacomo Puccini, Richard Strauss, Isaac Albéniz.

Para nadie es secreto: se trata de un lugar auspicioso para el ensueño, un territorio que alguna vez fue exótico y que ahora se ha naturalizado entre nosotros como los aerolitos que lo vigilan enfrente desde el Palacio de Minería, exótico como la estatua del Caballito al cual también nos hemos acostumbrado sin preguntarnos más... Éstas pueden ser quizás algunas explicaciones de por qué sentimos que este Palacio está habitado por el sueño creador de la obra de arte, de por qué se siente como un ámbito abierto al despertar en lo otro. **U**